

CECILIA VALDES URRUTIA

“Tengo mi taller a cinco metros de mi casa y a 12 metros de mi cama, así que todo es muy cotidiano. Me gusta así, que mi vida transcurra de la forma más sencilla posible, que el pintar sea un hecho natural de mi vida, como una prolongación de ella”, cuenta Patricio Court (1941) desde su lugar en un campo maulino, en Talca, al que retornó después de años. Dio origen ahí a varias de sus pinturas y esculturas más desafiantes e innovadoras, en un lenguaje geométrico que entrecruza lo pictórico con el volumen, sea con restos de fardos de trigo, textiles, madera, hierro o polvo de mármol. Su arte es reconocido en Europa —especialmente en España, donde vivió 25 años—, y en Latinoamérica fue apuntado entre los 25 artistas más influyentes.

Cercano a Nemesio Antúñez y a los fundadores del innovador Grupo Signo (Bru, Bonatti, Balmes, Barrios), exintegrante del Ictus, donde interpretó obras de Ionesco y de T.S. Eliot, Court confiesa que después de tiempos durísimos de pandemia “volví a encontrar los elementos de paz y tranquilidad que me incentivan a intentar descifrar este extraño mundo que es el arte”.

Autoexigente, poseedor de un fino sentido del humor, sobresalen su lucidez y austeridad: puede vivir en una gran casa en Ibiza, España, o en un conventillo a pasos de la Vega Central. Pero con la rigurosidad de su arte no transa, aunque no venda y lo necesite; a pesar de que integre importantes museos y colecciones de Chile y del exterior y de que haya ganado dos veces el Premio de la Crítica. Se mantiene alejado de inauguraciones y quienes conocen bien su arte —cuya producción de 30 años quedó convertida en cenizas en un incendio en 1995— lo atesoran y buscan. Hoy, con más de 80 años —que no aparenta— se le ve entusiasmado con nuevos proyectos tras su férrea mirada del arte y la sociedad: con Court no anda lo políticamente correcto ni menos las cancelaciones.

Después del aislamiento, la luz

—¿Una de las grandes causas de su entusiasmo parece ser este gran taller que proyectó por años, cerca de ese lugar por donde cruzaban las tropas hacia el sur durante la Independencia...?

“Mi nuevo taller es un gran incentivo. Está en Santa Rosa de Lavaderos, en la ribera del Maule. Construí este espacio intentando aplicar toda la experiencia de decenas de talleres que he tenido en mi vida. Conseguí levantarlo con muy buena luz y espacio para el depósito de obra y sobre todo es un lugar ancho. Esto de “ancho” parece extraño, pero ese hecho me sumergió en una incertidumbre cuando entré a trabajar aquí. Tuve una sensación de no tener apoyo, sentí vacío porque la muralla estaba a metros de mi espalda. Se debió a que mi último taller en avenida La Paz era de dimensiones muy reducidas. No sé cómo pude hacer decenas de pinturas que exhibí en el Cultural de Las Condes y cómo trabajé esas obras de gran formato”.

Muy cercano a la arquitectura, reconoce que sus obras son como planeamientos: “Malévich hablaba de la visión aérea de la obra”. Patricio Court hizo clases por décadas en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Talca: en una de las galerías de arte de esa casa de estudios inaugura una exposición en este semestre junto a artistas de la Academia de Bellas Artes. Mostrará obra premiada (una de las más celebradas en la Bienal de Escultura



El artista en su nuevo gran taller en Santa Rosa de Lavaderos, que levantó aplicando la experiencia de sus diversos talleres.

rosa de trabajar. Construyo los cuadros con regla y goma de borrar. Y antes de trabajar en la tela, hago varios dibujos. Pero durante el proceso vienen los cambios: una obra es muy distinta en un espacio de gran dimensión”.

Cine arte y Théo Court

—Su relación con el cine arte a través de su hijo Théo, director de la premiada cinta “Blanco en blanco”, ¿le influye?

“Théo se formó con un sentido de la expresión artística genuina, sin concesiones. Y en mi caso este acercamiento más íntimo al cine a través de él me ha ido enriqueciendo: el cine es un arte en el que discurren muchas otras disciplinas para construir una película y esa obligación constructiva, barroca podríamos decir, me ha abierto mi mirada hacia otras emociones. El cine arte tiene por su naturaleza y modernidad una cantidad ilimitada de recursos para emocionar, que es lo importante y necesario en una obra de arte, además de su transversalidad creativa”.

—Y qué pasa con la lectura, del que era un apasionado. Vivió muy cerca de escritores...

“He vuelto a leer, lo había cambiado por el cine. En estos meses, retomé la lectura como antes, en que nunca dejaba de leer diariamente. Leo ficción y soy muy ecléctico. Acabo de terminar “Las Benévolas”, de Jonathan Littell, un texto de los horrores nazis, un libro estremecedor. Me gustan los libros de muchas páginas; me permite sumergirme en ese mundo que el escritor ofrece y cuando las hojas se acaban siento el fin de algo que extrañaré. Leo además mucha historia”.

De Nemesio Antúñez a Kiefer

Durante los 25 años que residió en España, vivió un tiempo en la misma casa de Nemesio Antúñez y del músico Juan Pablo Izquierdo. “En Casa Cuadrada, cerca de Sitges (Cataluña), vivíamos en el mismo lugar pero en casas separadas. Yo estaba en una pequeña casa, pero tenía mi taller donde pintaba y otro donde hacía orfebrería. Después me trasladé a Ibiza y luego a Madrid, que es donde me realicé como artista. Conocí a muchos pintores españoles como Rafael Canogar, uno de los más grandes abstractos de España. Expuse mucho en Alemania, en Múnchen, fui invitado a ferias de arte en París, Colonia y Basilea. Pero lo que nunca podré olvidar de España son la calidez, amistad y lealtad entre artistas...”.

—¿Hay algún artista del que se sienta especialmente deudor?

“Recuerdo a un crítico de arte español que escribió algo así, con motivo de una exposición en Madrid, “Court es un Quijote, anda solo por la vida, su arte es nacido de él y no se le ve de quién es hijo pictóricamente”. Me siento un poco así. Creo que conscientemente no he recibido influencias directas, aunque algo debe haber. Hay pintores que me gustan mucho como Anselm Kiefer, aunque a veces me desilusiona, como en esos videos en que se ve trabajando. Hay algo de actuación allí, de no verdad. Pero me sigue gustando y el pasar con toda soltura desde la figura a la abstracción. Cosa rara, yo y mi rigor”, reflexiona.

ENTREVISTA | Más de 60 años en el arte en Chile y España

PATRICIO COURT:

“Lo hermoso de la pintura es el silencio”

Contrario “a los escritos que enredan el tema del arte”, Court reaparece con una pintura más despojada “en esta tierra maulina donde pude trabajar y realizar innumerables exposiciones”. Autor de una obra genuina y sólida, dos veces Premio de la Crítica, luego de un duro aislamiento expondrá junto a sus pares de la Academia de Bellas Artes.



Court empieza a construir su obra geométrica con regla y goma. Después vienen las materialidades (hasta fardos de trigo), el color y las libertades creativas esenciales del arte.

ra 2018) y otra inédita en que cruza pintura y volumen.

Su trabajo sugiere y desconcierta. Seduce con sus capas y elementos, con su paleta potente aunque cada vez más acotada, con esa geometría evocadora. En las pinturas volumétricas ha llegado a incorporar hasta fardos de trigo. “Acabo de terminar una obra grande que es un relieve: pintura escultura”.

—¿Su pintura se volvió más ascética?

“Durante la pandemia se vivieron tiempos muy extraños. Fue un drama irreplicable. Muchas cosas fueron muy duras y solo algunas pocas fueron positivas: una de ellas fue el haberme obligado a aislarme. Me exigió estar en el taller trabajando sin cesar. Y produjo un cambio en la obra. El aislamiento y la soledad me llevó a profundizar en mi

mundo formal plástico despojándolo más de formas. La influencia del paisaje se relativizó y creo es más fría, más interior, más esquematizada”.

—Empezó con la abstracción geométrica cuando primaba un conceptualismo político...

“Sí. He buscado crear un acontecimiento plástico a través del juego de las formas que conllevan un lenguaje. Ese es mi mundo visual que, claramente, no es figurativo y por tanto me mantiene lejos de algún conceptualismo político”.

Patricio Court —miembro de número de la Academia de Bellas Artes— ha llevado una lucha “contra los escritos de teóricos que citan a pensadores y filósofos que enredan más el tema del arte, que ya lo es. Lucho contra la palabrería que se le ha pegado a la pintura. Defiendo el valor inefable de la pintura: lo hermoso en ella es el silencio”, afirma.

—¿Y su pintura geométrica se va construyendo?

“Toda mi obra prácticamente se inscribe en un proceso constructivo. Es lo que mejor definiría mi trabajo”.

—¿Cuánto recurre a las matemáticas? Usted es muy de números.

“Mi trabajo, al moverse dentro de lo geométrico, necesita de esa forma rigu-

Su arte geométrico, muy propio, es sin concesiones, como él.

Crítica de arte

MAVI-UC

Las “ausencias” de Rosa Velasco

CLAUDIA CAMPAÑA

En MAVI UC se presenta un reducido número de obras de Rosa Velasco (Santiago, n. 1951) bajo el título “La presencia ausente”. A pesar de su carácter acotado, el conjunto permite revisar propuestas visuales diversas de la artista y conocer un capítulo de su biografía.

En una esquina de la primera sala, el protagonismo lo tiene “Tejiendo sentido” (2019), una inmensa telaraña realizada en pandemia con hilo de pesca, esferas de cuarzo y bolas de plata que recuerdan las “gotas” formadas por nanofibras. Imitando la naturaleza, Velasco hila una red “mojada por el rocío”, con la araña como “gran ausente” —para alivio de los aracnofóbicos—. El énfasis está más bien en el tejido que evoca las perfectas trampas mediante las cuales dichos animales atrapan a sus presas, frente al cual el espectador obviamente se con-

vierte en un potencial “alimento”. El ejercicio interpretativo obliga a preguntarse por qué la autora replica en gran formato lo que en la naturaleza es pequeño y en apariencia frágil. Supongo que quiere así llamar la atención sobre la capacidad creadora y el tejido artesanal asociado a la mujer, aunque quizás busca también relacionar la obra con el ciclo vida/muerte —tema recurrente en sus trabajos—. Simbólicamente, en efecto, las arañas son “tejedoras del destino” e hilan su red tanto para destruir como para sobrevivir —a propósito: la artista franco-americana Louise Bourgeois (1911-2010) realizó monumentales arañas de bronce y acero (por ejemplo, “Maman” de 1999), si bien la idea primordial en su caso era abordar el arquetipo de la madre posesiva y aterradora—. Por sus dimensiones, es posible ubicarse delante y

detrás de la “telaraña” de Velasco, apreciando cómo las esferas —las “gotas de rocío”— capturan la luz (recordando, a ratos, los ornamentos navideños), aunque la red está anclada al suelo con conspicuos círculos negros que le restan sutileza visual. Por su parte, la sombra del tejido “dibuja” en los muros un diseño que funciona como contraparte y complemento, y que pudo haberse aprovechado mejor con otro tipo de focos.

En la misma sala hay un tríptico de acrílicos sobre telas (una suerte de mapas celestes de cielos nocturnos) y una vitrina. Sugiero poner atención a esta última, que contiene un pequeño “libro de artista” con forma de torre torcida y otro que describe un perfecto arco de medio punto. Pareciera que ambos pueden retorcerse, plegarse y desplegarse, y los bordes de sus

páginas (canto/tripa) están intervenidos con una suerte de jeroglífico imposible de descifrar. Vinculada con el famosísimo cuadro “Torre de Babel” (1563) de Pieter Brueghel el Viejo, la obra de Velasco se titula “Adobe/Babel” y fue premiada en 2021 por la fundación española Ankaria. En la pared frente a la vitrina hay tres pantallas cuadradas dispuestas en vertical en las que se ve dicha pintura intervenida digitalmente con textos y color. El título y las imágenes pueden asociarse con el episodio del Génesis sobre la torre inconclusa al confundir Dios “la lengua de los hombres”. El trabajo de la autora podría apuntar entonces a las voces diversas de la humanidad y a la dispersión de culturas; “encerrados” en una vitrina, los dos pequeños libros evocan irónicamente la desmesura y la gigantesca construcción bíblica, operando como modelos simbólicos de la ausen-



Tejiendo Sentido, obra de Rosa Velasco, en sala arte MAVI UC

cia de comunicación. En el segundo piso del museo se encuentra el “área de videos”, en cuya pared se lee “Devolver”. Los registros muestran una acción de arte que la prensa informó en 2006 y que consistió en la repatriación de un moái original desde Argentina a Isla de Pascua. La pieza había sido regalada en 1927 al presidente Carlos Ibáñez, años después fue a parar a manos del anticuario Mario Velasco (padre de Rosa Velasco) y tras la compra permaneció por

mucho tiempo en la aduana de Buenos Aires, desde donde la artista la recuperó. En el único plotter del muro está escrita la pregunta “¿Qué hace de la devolución del moái una obra?”, formulada por el destacado curador y crítico de arte paraguayo Ticio Escobar. Cada quien podrá responderla a su manera, pero lo cierto es que el relato visual de la recuperación de un objeto patrimonial invita a reflexión y cierra una exposición que trata sobre diversas ausencias.